

El Rvmdo. P. Maestro Fr. Eustasio Esteban, Prior General de la Orden de San Agustín (1860-1945)

POR

LOPE CILLBRUELO, O. S. A.

CAPITULO XVII (*)

Otras preocupaciones de su Generalato

Su fe en el porvenir de la Orden de S. Agustín y su entusiasmo por reorganizarla crecía más y más: «me encuentro empeñado en una santa empresa, algo semejante a la de Sta. Teresa es decir, en la restauración de la Orden Agustiniiana en todas partes. El año 1930, 28 de agosto, ocurre el XV Centenario de la muerte de S. Agustín, de quien tan devota era Sta. Teresa. Con ese motivo creo que el mejor homenaje que podríamos ofrecer al Santo sería, el de la unión, a ser posible, de cuantos nos llamamos agustinos en un solo Cuerpo, bajo un solo Superior General y el de la verdadera observancia religiosa, fundada en un gran espíritu de perfecta caridad entre todos y de perfectísima obediencia. Sta. Teresa en una de sus revelaciones vio que una Orden, entonces algo decaída, florecería en los últimos tiempos y sus hijos lucharían valientemente en defensa de la Iglesia, y hay quien cree que esa Orden es la Agustiniiana. Un religioso de nuestra

(*) Véase «ARCHIVO AGUSTINIANO», mayo-agosto 193-222.

Orden después de la invasión napoleónica, profetizó que la Orden se levantaría de nuevo, volvería a ser suprimida y volvería de nuevo a levantarse con mayor pujanza. En este período debemos encontrarnos y espero que el Señor y las almas buenas han de ayudarnos» (Carta a Sor Petra, desde Roma, a 16 de febrero de 1929).

Pero ese magnífico ideal de la unión de todos los agustinos, bajo una sola cabeza no pudo, ya que faltaba el indispensable espíritu de unión, realizarse, (aunque el P. Eustasio estaba pronto a ceder su puesto). Los recoletos alegaban sus diferencias, aunque ellos nominal y personalmente rehusaban al P. Eustasio, que se había distinguido desde 1912 en impugnar el espíritu y la forma de la división. También los Asuncionistas franceses alegaban diferencias, si bien éstas eran circunstanciales y aunque parecían dispuestos a una unión que no significase absorción, no se modificaba la situación de 1879, es decir, se proponía una especie de unión que con justo motivo no aceptaba Roma. La Congregación de Obispos y Regulares había rechazado en 1879 el proyecto de unión, y había impuesto a los Asuncionistas la alternativa: o seguir su camino de Congregación de votos simples con unas constituciones aprobadas por la Iglesia, o incorporarse pura y simplemente a los Ermitaños de S. Agustín adoptando las constituciones de ellos. No se pudo, pues lograr, nada importante y hasta 1951 no pudieron los Agustinos asentar en el país francés. La ilusión de que el P. D'Alzón, pudiera haber representado para los Agustinos lo que representó el P. Lacordaire para los Dominicos ha persistido durante demasiados años.

Después de dar la vuelta al mundo en la Visita regular, de que hemos hablado en el Capítulo anterior, las iniciativas hervían en aquel cerebro privilegiado. Nadie como él conocía el estado real, las deficiencias de la organización, las necesidades de los tiempos, las oportunidades que se ofrecían y nadie como él para pensar en las

mejores providencias y medios de beneficiar a sus hermanos. Apenas llegó a Roma, tuvo un largo y muy interesante coloquio con el Santo Padre para darle cuenta de la Visita. Al mismo tiempo le pidió una Encíclica para el Centenario de S. Agustín, le expuso el plan de la Miscelánea, y le propuso la reunión de los Agustinos Asuncionistas y Recoletos con la Orden de Ermitaños de S. Agustín. El Papa aceptaba complacidísimo todos aquellos interesantes puntos que el P. Eustasio proponía. Aceptó también el último con sumo agrado, recordando en alta voz el «*Vis unita fortior*», pero para su realización, advirtió que los primeros llamados a dar cuerpo a la idea eran los Cardenales Protectores de las tres familias de S. Agustín. Por desgracia los Cardenales Protectores de los Asuncionistas y Recoletos eran Ragonesi y Vannutelli, que, como ya hemos visto en esta historia eran muy poco afectos al P. Eustasio y no tuvieron bastante comprensión para realizar la idea. Entonces dirigió el P. Eustasio por su cuenta un memorial famoso a los Asuncionistas, estudiando la relación entre su Congregación y la de Ermitaños de S. Agustín, pero tampoco surtió efecto. Tan solo sirvió para reparar un error en las mutuas relaciones, ya que los Asuncionistas se consideraban como Terciarios, cuando en realidad eran solo afiliados a la Orden de S. Agustín. El P. Eustasio les dio la agregación a la Orden como Terciarios.

Le preocupaba grandemente la situación precaria de muchos conventos de monjas agustinas, tanto en el problema económico, como en el de la formación de las jóvenes. Estudiaba en un memorial la situación moderna de los conventos de clausura y hay que confesar que si se hubiesen tenido en cuenta sus avisos, las religiosas no hubiesen sufrido tantos contratiempos en los últimos años y su formación sería mucho más elevada. Deseaba el Padre que todos esos conventos formasen una Orden unitaria, con su correspondiente M. General, sus Provincias, y

sus casas de formación, o por lo menos con religiosas bien preparadas para dar a las jóvenes una formación adecuada, aunque manteniendo los votos solemnes. Tampoco fue bien comprendido. No obstante, el año 1929 publicó unas *Constituciones* para ellas, adaptando las de los religiosos agustinos, y al año siguiente les publicó el *Ritual*. Los males apuntados por el P. Eustasio siguen siendo evidentes, pero nadie se ocupó de buscar el remedio, hasta que ha llegado del Vaticano *Sponsa Christi*. Por cierto que muchas religiosas agustinas, al leerseles el documento pontificio han creído despertar de un sueño, al recordar la oposición encarnizada que se hizo al proyecto del P. Eustasio, creyendo que «iba a echar por tierra la organización de las monjas de clausura». Si lo que ahora ha de hacerse, se hubiese hecho entonces, grande hubiese sido el obsequio a S. Agustín en su Centenario y las religiosas de clausura serían hoy otra cosa distinta de lo que son; tendrían religiosas formadas por Maestras competentes, mayor estímulo para la vida espiritual elevada y militante: «aun recuerdo muy bien, explica una de ellas, lo que nos decía el P. Eustasio: que apenas había dos comunidades iguales; que unas vestían de negro, otras de gris, otras de pardo, algunas de azul y que el único elemento de unión era la Regla, cosa que tenían otras muchas Corporaciones no agustinianas, y que era menester formar un solo cuerpo espiritual. Recuerdo con qué interés nos habló antes de reunirnos nosotras, y después de reunirnos, cuando vino a conocer el resultado. Nos habló de la miseria espiritual y económica en que se veían hartas Comunidades y de la urgencia del mandamiento de la caridad. Muy pronto pudimos palpar que eran verdades de un santo, aunque no queríamos reconocerlo. Por cierto, recibimos con la mayor frialdad sus indicaciones y hasta sus visitas: las monjas se iban saliendo una a una y al fin casi no quedaba nadie. Era necesario ser un apóstol para sufrir aquello y continuar con la

misma paciencia, cuando en su misma casa se hacían comentarios burlescos en voz baja, que él no podía entender. Dios permitió aquello para acrisolar su virtud. Sin duda ninguna que habrá recibido en el Cielo la recompensa como si se hubiese realizado su proyecto. Pero es interesante de todos modos recordar que nos anunció que su proyecto no se realizaba entonces «solo por el interés y el amor propio; pero que con el tiempo tendría que realizarse, pues muchas Comunidades no podían ya vivir y se contentaban con vegetar, y las necesidades irían en aumento». Ahora, al leer el *Sponsa Christi*, hemos comprendido el magnífico espíritu que movía a aquel hombre de Dios.

No es extraño que las religiosas agustinas creyeran oír al P. Eustasio en las ideas de la *Sponsa Christi*. Cuando la S. Congregación de Religiosos preparaba una nueva orientación de las Monjas de Clausura, por encargo expreso del Santo Padre, los consultores se reunieron con los Superiores Generales o sus representantes. En representación del P. General agustino asistía el P. Ignacio Aramburu. Como no acabaran de llegar a una fórmula concreta sobre la organización, el P. Aramburu se dirigió, al Rvdmo. P. Larraona, Secretario de la S. Congregación, y le manifestó que el P. Eustasio había propuesto un plan para las Agustinas y que lo tenía escrito. Cuando el P. Larraona estudió el Plan del P. Eustasio, exclamó: «esto es lo que quiere la S. Congregación». Así el proyecto del P. Eustasio pasó a la Constitución Apostólica *Sponsa Christi*, con las oportunas modificaciones.

Otra vez empezó a recorrer todas las casas de Italia para observar cómo se cumplían las Constituciones, deteniéndose en Pavía, donde pensaba transformar el convento en un foco de luz y de calor agustiniano, con motivo del Centenario de S. Agustín. Quería establecer una comunidad generalicia, no afiliada a ninguna Provincia, que el P. General pudiese administrar directamente y de la que

puadiese disponer para las necesidades generales de la Orden. Los religiosos de esa Comunidad llevarían el nombre de «*filií Ordínis*», a imitación de los «*filií P. Magistri Generalis*» de la Orden de Predicadores. El convento había sido siempre generalicio, pero el P. Giacchetti lo había cedido a la nueva Provincia de Liguria, con lo cual perdió su importancia y decayó visiblemente, llegando a aceptarse inquilinos seculares en el convento y a perderse el crédito. Al insistir en la preparación cuidadosa del Centenario, el P. Eustasio anunciaba la restauración del convento de Pavía y pedía voluntarios para la nueva Comunidad. El ensayo sin embargo fracasó, por falta de voluntarios decididos y preparados, por incomprensión de los PP. Provinciales y por la obstinación de las Provincias italianas, especialmente de la de Liguria. De nada sirvió que el P. General restaurara el antiguo brazo del convento y luchara con el Municipio para levantar otro nuevo. La restauración material acabó y de momento se pudieron celebrar las fiestas del Centenario en Pavía con la mayor solemnidad, pero la idea no se llevó a la práctica.

Por el Concordato entre la Santa Sede y el Gobierno italiano entraba en vigor una nueva administración en la ciudad del Vaticano. El Sacristán del Papa, agustino, sería en adelante Vicario General de la nueva Ciudad y en su labor sería ayudado por otros religiosos agustinos. La parroquia de Sta. Ana, parroquia del Vaticano, sería administrada por ellos. El P. Eustasio trabajó concienzudamente para ajustar todos los pormenores de ese arreglo. Juntamente empezó las gestiones para recuperar el Antiguo Convento de S. Agustín de Roma, hoy Ministerio de Marina y dedicarlo a Curia generalicia y Gran Colegio o Universidad internacional. Pero tan sólo pudo recuperar el último piso demasiado estrecho para sus fines. Luego marchó a recorrer las casas de España para cerciorarse del ejemplo cumplimiento de las Constituciones.

Asistió también al Congreso Eucarístico de Cartago

con buen número de agustinos, y desde esa Ciudad hizo una excursión con todos ellos a Hipona (Bona) para celebrar un triduo en honor de S. Agustín y rogar por el feliz éxito del Centenario. Entonces le vino la idea de presentar los derechos que la Orden tenía a la casa de Hipona en Africa y para eso publicó un folleto, dando cuenta de las gestiones hechas de común acuerdo por la Orden y por el primer Obispo de Argel Ms. Dupuch con miras a la reconstrucción de la Basílica de Hipona. La Orden había hecho numerosas colectas con ese fin y había entregado el dinero al obispo, pero la supresión de los religiosos en Francia y sobre todo en Italia había impedido el asentamiento de los agustinos en Bona. Envió el folleto a los Prelados de Africa del Norte y a varios de los obispos franceses. Escribió también una carta especial al Sr. Obispo de Constantina-Bona sobre la conveniencia de que los agustinos se encargasen de la Basílica hiponense. El Sr. Obispo se mostró favorable a la idea y al momento se comenzaron los trámites que dieron el más excelente resultado. Los Agustinos se instalaron en Hipona y hoy tiene allí la Provincia de Malta un hermoso convento, administra la Basílica de San Agustín y algunas parroquias.

Sería interminable detallar las gestiones de todo género que llevó a cabo para celebrar en la forma más digna posible el Centenario de San Agustín. El Centenario se celebró en todas partes con inusitado entusiasmo y ese éxito señala el punto culminante de la vida de este gran hombre, cuya devoción a S. Agustín y su Orden le hizo vivir aquellos días con verdadera fiebre de fervor espiritual e idealista. Ya creía que la Orden soñada por él según los principios y el espíritu de San Agustín empezaba a ponerse en marcha para conseguir nuevos trofeos dignos de su gloriosa historia.

El fin de su Generalato se vio amargado por dos sucesos políticos y religiosos que afectaban a sus religiosos: la caída de la monarquía española y la persecución de

Calles en México. Según dijimos, los estudiantes mexicanos habían sido recogidos por la Provincia de Filipinas. Pero la división de la Provincia había privado a esta de la casa de Teología de La Vid, y hubo de enviar los teólogos de la Provincia al Escorial. Y como la caída de la monarquía y los sucesos que inmediatamente le siguieron anunciaban una persecución de las Ordenes Religiosas en España, la Provincia de Filipinas envió sus estudiantes al Extremo Oriente, mientras los mexicanos se refugiaban a la sombra del P. General en Roma y en Pavía. Por las cartas familiares de esa época sabemos la profunda impresión que estos acontecimientos producían al P. Eustasio: «los acontecimientos de España me preocupan mucho y de un modo especial en relación con las religiosas de clausura, que en los atropellos vandálicos están más expuestas a los peligros y con mayores dificultades para evitarlos. A los Padres de Málaga les quemaron el Colegio y a las Agustinas de Cádiz el Convento y la iglesia. No sé de más, porque escasean las noticias» (Fecha da en 23 de mayo de 1931). Pensaba que la reacción de los católicos era tardía y sus temores no le permitían ver el futuro con optimismo.

Al fin llegó el Capítulo General (2 de octubre de 1931) y salió elegido el P. Clemente Fuhl (1). El P. Eustasio examinó, ordenó y clasificó su correspondencia, para entregarla al nuevo General y el día 1 de noviembre podía escri-

(1) El P. Clemente Fuhl y el P. Eustasio se conocían ya de antiguo. En 1923 tuvo que intervenir el P. Eustasio, siendo Provincial de la Provincia Alemana el P. Fuhl, para suprimir el privilegio que aquella Provincia tenía de celebrar cada cuatro años el Capítulo provincial. Según el Código debía celebrarse cada tres años. En 1924, durante la Visita General, ambos se reunieron para estudiar y remediar algunas deficiencias, ocasionadas por la falta de personal, en Bohemia y Polonia. El P. Fuhl intervino con su voto en la elección del P. Eustasio como provincial en 1924. Después de la Visita general de 1927, anunciando que el P. General emprendía la larga Visita a Suramérica, China y Filipinas, escribió el P. Fuhl en una circular: «nuestro P. General tiene un valor incomparable». En 1921 el P. Eustasio se ocupó con ahínco de la situación de la Provincia alemana, que después de la guerra mundial se veía en apuros económicos y mermeada de personal. Al fin pudo ofrecer al P. Fuhl la diócesis de Goyás en el Brasil, si bien la Provincia alemana prefirió fundar en Norteamérica y el Canadá.

bir: «me vi ya tranquilo en la celdita doble y antigua en que esto escribo... Me vi libre de compromisos y resuelto con la gracia de Dios a cultivar la soledad, rompiendo en absoluto todo trato con la gente de fuera, sin salir de casa para nada; y pasado algún tiempo, ni aun de la celda, contento con dar cuatro pasos en ella, en vez de salir al claustro, evitando así saludos inevitables».

CAPITULO XVIII

Otra vez soldado raso (1931-1936)

Entonces se vio con evidencia lo arraigado que tenía en el corazón el ideal agustiniano. Este hombre andariego, que había recorrido tantas veces el mundo y no se había detenido a descansar en ninguna parte, este hombre de acción en cuyo cerebro nacían sin cesar las iniciativas más brillantes y poderosas, se entregó a la vida contemplativa con la naturalidad con que cada día cambiaba de ocupación sin cambiar de entusiasmo y de fervor místico. Y aunque es verdad que en su vida el «*otium sacrum*» no era precisamente ocio vulgar, demostró a todo el mundo que la contemplación era el ideal de su vida, el ideal teórico, aunque por las necesidades de la caridad y de la Iglesia había escogido siempre el camino de la acción.

El P. General mismo le había escogido la celda, creyendo que le hacía un inmenso favor, pero condenándolo al mismo tiempo a sufrir terribles calores en el verano y rigurosos fríos en el invierno. El nada alegó, gozándose de que dicha celdita estaba tan apartada de la Curia Generalicia como del Colegio Internacional. El ermitaño había encontrado al fin una Tebaida, aquella Tebaida que nunca encontró S. Agustín, aunque tanto la deseaba, y se dispuso a gozarse en el trato con Dios con el ansia

de un novicio fervoroso. Tan notable era aquel espectáculo que instintivamente todos comenzaron a llamarle «el Romito», el ermitaño. Le veíamos pasar por el claustro, pegado a la pared, los ojos bajos, apresurando el paso, como si temiera que le dirigiéramos la palabra. A pesar de que las veinticuatro horas del día eran suyas, no perdía un solo minuto de ellas. Recluido, aislado de las dos Comunidades, pasaba los días y las noches sin que nadie pudiese adivinar qué escribía o qué estudiaba, sin que nadie pudiese sacarle de allí bajo ningún pretexto.

El nuevo P. General le trataba con tanta deferencia y él le correspondía con tanta delicadeza, que aquel trato de dos santos edificaba e impresionaba a toda la Comunidad. El P. Eustasio había extremado su delicadeza hasta lo increíble para que todos supiesen que no intervenía ni directa ni indirectamente en los asuntos de la casa o de la Orden, ni influía mucho o poco sobre el P. General, aunque a nadie negara su leal consejo cuando se le pedía. El P. General solía ir él mismo personalmente a conferenciar con el P. Esteban, aunque el buen religioso se confundía y solicitaba ser llamado como cualquiera otro. El P. Fuhl se contentaba con el consejo verbal, y solo en una ocasión, por tratarse de un punto que el P. Fuhl mismo venía meditando desde hacía mucho tiempo (los «filii Ordinis»), le pidió que expusiese su pensamiento por escrito con todos los detalles, lo cual hizo el anciano de un modo tan satisfactorio que quizá entonces por vez primera se comprendió la importancia y necesidad urgente de aquella gran idea.

Con permiso del P. General se dedicó entonces a una extraña obra de caridad. Empezó a escribir cartas, a mendigar y a recoger fondos con destino a las muchachas pobres que quisieran ser religiosas y no pudieran pagarse la dote. Sus fatigas le dieron tan escaso rendimiento, que hubo de conformarse con «esperar tiempos mejores»: todos alegaban la calamidad de los tiempos. Además, a una

de las cartas, enviada a un Sr. Cardenal, se le contestó «que el Sr. Cardenal por su mala vista encontraba demasiada dificultad en leer la carta manuscrita». Y esta última advertencia le sugirió la idea de aprender a escribir a máquina. A sus 74 años se sujetó al aprendizaje con una maquinilla que adquirió de segunda mano. Solo que el P. General se enteró y le dio una nueva «para que escribiese sus cartas y para que siguiera colaborando en la *Analecta*».

Es curioso este dato de la mendicidad que el P. Eustasio practicó en muchísimas ocasiones. Tenemos que hacer una breve advertencia, ya que muchos nunca pudieron comprender esa mendicidad. Le movía a practicarla no tan solo el afán de caridad, el remedio de las necesidades ajenas, sino también un afán de humildad. Sin ese afán, no se comprendería por qué se le acusó de «falta de tacto» en el pedir, ya que en ocasiones sus peticiones eran verdaderos «sablazos piadosos», que hacían reír por su ingenuidad. Fr. Antonio nos confiesa que en la última época fue elegido para llevar algunas misivas que contenían peticiones de ese género: «como me las leía antes de que las llevase, yo no podía contener la risa: «Pero, Padre, le decía yo. Esas peticiones no pueden hacerse de ese modo». «¿Es que te da vergüenza? — me replicaba él. Y yo insistía: Sí que me da vergüenza, pero de todos modos la llevaré. Lo que me hace reír es que este señor le tiene que negar a usted la petición por fuerza. Yo la negaría, si me la hiciesen de ese modo. En fin, la llevaré. Y en efecto, con muchísima frecuencia las peticiones eran denegadas». Para comprender aquel criterio que él conservaba, oigamos lo que le decía a su sobrina, a propósito de este tema: «agradezco la limosna recogida para las Hijas del Smo. Salvador de Lima., pero debo advertirte que no era mi intención que molestases a nadie, sino a personas pudientes, conocidas y de buena voluntad. Cristianamente debemos suponerla en todos, aunque después nos llevemos desengaños, como el que te has llevado con ese ca-

ballero que no se ha dignado contestar. Ruega por él, como ruego yo, no solo por los que dan, sino también por los que ni siquiera me contestan, que son los más. Ya supe desde el principio que mi *mendicidad* me daría por lo menos alguna cosecha de humillación muy de apreciar para ejercitar en algo la santa humildad... Estamos de duelo: se nos ha muerto el General de la Orden, etc. «Carta a Sor Petra, desde Roma, a 3 de abril de 1935). Teniendo esto en cuenta, se comprende la «falta de tacto» es decir, la libertad con que ejercitó su mendicidad, ya que sus peticiones siempre le daban fruto, ya en forma de donativo, ya en forma de humillación.

Por entonces le impresionó la muerte de Soledad: «he quedado como huérfano, porque espiritualmente era para mí una verdadera madre. Mucho se interesó por mí desde 1925 en que empezó a consultarme sus cosas y yo a encargarla que rogase por mí y me ayudase en sus oraciones en mis asuntos. ¡Cuánto bien me ha hecho el Señor por medio de esa santa criatura! Y espero que me lo seguirá haciendo desde el Cielo y me lo hará a la hora de mi muerte». (Fecha en 1 de enero de 1934).

Al empezar la Cuaresma cedió al fin a lo que parecía ser inspiración del Señor y lo que el Confesor le recomendaba. Se puso a escribir sus *Memorias*, pidiendo sin cesar la ayuda de Dios para no incurrir en los vicios corrientes y anejos a esa clase de memorias. En la Introducción hemos hablado de ellas.

La furia de la lucha se había sosegado y tan sólo el rumor lejano resonaba en su oído como eco de un himno heroico. Su vida mística era ya apenas un latido suave y humilde; ni siquiera podía entender ya algunas de las notas puestas a los escasos apuntes conservados.

La vida del Perú no le dejaba quieto. Cuando las «Hijas del Smo. Salvador» le enviaron la solicitud recomendada por el Sr. Nuncio Apostólico, Mons. Cicognani, expresó al P. General su deseo de marchar a imprimir el

Ritual y las Constituciones de aquel instituto. ¡Para todo eso pedía quince días! El P. Fuhl lo pensó y al fin le autorizó el viaje, estimando que en el mes y medio que había de vapor a vapor en el puerto del Callao podría acabar su cometido, porque de ningún modo pensaba privarse de su consejo. Sin dudar un momento el buen anciano se puso en camino, coincidiendo en el vapor al embarcarse en Barcelona, con Sor Luisa de Jesús.

Esta monja andaluza, que por la intervención del P. Eustasio tenía ya todos los papeles en regla para ingresar en la Congregación de las Hijas del Smo. Salvador, nos narra las peripecias del viaje. Le esperaba en Barcelona donde hizo escala el vapor: «hicimos el viaje muy feliz, aunque yo me veía corta y confundida al ver que me trataba con tanta sencillez. Yo le había de ayudar a misa y para eso me daba unos madrugones terribles. Yo no sé si él dormía o no. Yo solía decirle que todas sus misas eran «de gallo», aunque él replicaba que eso sólo podía hacerlo en el mar. Confesaba bastante, sobre todo en italiano, tanto antes como después de decir la santa misa. Después del desayuno solíamos subir a bordo y contemplábamos las aguas plateadas, los peces saltando, el sol que es tan lindo en el mar. Y me decía: «no puedo concebir la existencia de los ateos ante las maravillas de la naturaleza». Rezábamos antes de comer. En la mesa habían colocado a tres sacerdotes conmigo, y la llamaban «la mesa clerical». Yo no podía comer de vergüenza. Los dos sacerdotes, jóvenes, bromeaban a mi costa sobre la severidad del P. Eustasio. Pero él continuaba aprovechando el tiempo, escribiendo o dando los últimos toques a la Vida de la M. Rafaela, y después de cenar me leía grandes pasajes o me hablaba de la M. Soledad. Yo me dormía y los dos sacerdotes se reían frente a mí. A veces me echaban sal en la leche o en el café y luego se reían también a mi costa porque yo no me atrevía a chistar y lo tragaba todo como si no me diera cuenta. Más tarde lo

supo el P. Eustasio y los riñó. Pero un día los riñó más severamente, también por mi causa: al llegar a un puerto de Colombia, subieron al vapor unos negros a vender cocos y monitos. Yo, que no los había visto nunca, me llevé tal susto que huí y me encerré en mi camarote. Pero los dos sacerdotes jóvenes me vieron y enviaron a los negros a mi camarote, advirtiéndoles que yo tenía intención de comprar muchas cosas. Cuando los vi porfiar y que no se iban y que seguían insistiendo, yo invocaba a todos los santos. Y entonces llegó el P. Eustasio. Muy serio, advirtió a los dos sacerdotes jóvenes que no se les ocurriera volver a tomar bromas conmigo, y ya no las volvieron a tomar, aunque seguían riéndose de mí. Confieso que lo que más me chocó al principio era la insistencia con que el Padre me hablaba de la M. Rafaela. Me llevé un desengaño grande, cuando oí hablar a sus compañeras de fundación. Claro que en esto me he ido dando cuenta de que el ser ecuatoriana, la quitaba muchas simpatías en el Perú, y además que las atenciones del P. Eustasio podían dar algunos celillos a los demás. Pronto me enteré de todo y puedo confirmar la buena fama de que la M. Rafaela disfrutaba y los innumerables casos concretos que he oído narrar de ella.

Una vez cumplida su misión en Lima, el P. Eustasio se volvió a Roma con la misma alegría espiritual con que había embarcado para ir. Pero iban a cambiar las circunstancias. El P. General Clemente Fuhl hubo de salir a girar la Visita regular a la Provincia de Chile, tocando de paso el Perú, Ecuador y Colombia. Deseoso de visitar a los Padres holandeses que se habían hecho cargo de algunas parroquias en la diócesis de La Paz (Bolivia), cayó mortalmente fulminado por la presión atmosférica en una de las estaciones del ferrocarril de Arica a La Paz. Murió santamente en el Señor el 31 de marzo de 1935. Al año siguiente, en el Capítulo General salió electo Prior General el P. Carlos Pasquini. Apenas elegido, e.

P. Eustasio apareció de nuevo a solicitar permiso para regresar definitivamente al Perú. Era realmente maravillosa la obstinación con que el pobre viejo seguía pensando en aquella tierra regada con el sudor de su juventud. ¿Quién no habría de maravillarse? En bromas alegó que quería dejar sus cenizas en el campo de combate. El P. Pasquini cedió al fin y otorgó su consentimiento.

A toda prisa el anciano comenzó a rematar la obra gigantesca que traía entre manos y que había ido redactando al mismo tiempo que las *Memorias*. Se había empeñado en escribir una gran *Historia de las fiestas y ritos sagrados de la Orden de San Agustín desde 1256*. Tan solo un trabajador como él podía hallar gusto, interés y constancia para una empresa tan heroica. Pero él pudo acabar su labor en año y medio. El día 17 de septiembre de 1936 pudo entregar su manuscrito terminado al P. Mariano Rodríguez, Postulador general de la Orden.

CAPITULO XVIII

De nuevo, al Perú (1936)

Al firmar las *Memorias*, el P. Eustasio daba por cumplida su misión y terminada su vida activa. Como no podía soñar en el éxito ni siquiera en el trabajo, se contentaba con añadir en su petición al P. General la cláusula, que nunca retiró: «y si acaso puedo serles útil en algo a aquellos Padres...». La conclusión de las *Memorias* es sobria. «El 30 de septiembre expuse al P. General (Padre Pasquini) mi deseo de volver al Perú. A pesar de que le agradecería que me quedase en Roma, me deja en libertad para emprender ese viaje, que probablemente emprenderé el próximo noviembre. En el tiempo que resta hasta mi salida de Roma, espero repasar la vida de la Madre Ra-

faela Veintemilla. *Benedictus Deus* y *Laus Deo*. Roma, 1 del mes de noviembre de 1936.

Entonces se acordó del pobre Fr. Antonio, que tan buenos servicios le había prestado. En el año 1912, cuando el P. Eustasio recorría España tramitando los procesos de beatificación de los Siervos de Dios, Fr. Antonio le acompañó en diversas ocasiones. Cuando Fr. Antonio le expuso, que se encontraba a disgusto en Madrid, el P. Eustasio se apresuró a llevárselo a Roma, con motivo de la Exposición Misional Vaticana de 1924. Ahora, al marchar al Perú, volvió a pensar en Fr. Antonio. Este se había puesto en situación harto difícil, con motivo de la guerra civil española. Su patriotismo se había exaltado de tal modo, que no podía oír ni media palabra en broma contra España, sin salir al momento a su defensa, fuese quien fuese el que se permitiera «ofender a su Patria». Esto había sido una perpetua ocasión para que no se entendiese bien con los italianos, superiores y súbditos. El fue quien preparó al P. Eustasio los pasaportes para ir al Perú y al presentárselos, puso una cara tan elocuente, que el P. Eustasio le interpeló al momento:

—¿Te gustaría venir conmigo a aquellas tierras?

—Ahora mismo, P. Reverendísimo. Es mi mayor deseo.

Poco tiempo después el P. Eustasio comunicó a Fray Antonio que el P. General le había concedido un compañero de viaje y ayuda, y que debía sacar también sus propios pasaportes. Ambos salieron de Roma en dirección a Pavía para hacer una última y ferviente visita a los restos de San Agustín. Las monjitas agustinas de Milán reclamaban todavía su presencia con apremio y hubieron de alargar el viaje hasta Milán. De regreso a Pavía, se les reunió el P. Jesús Delgado, que también marchaba al Perú, una vez fracasado del todo el proyecto de los «Hijos de la Orden». Juntos los tres, llegaron a Génova para embarcarse en el «Orazio». En este último viaje, lo mismo que en los anteriores, decía cada día la Santa Misa,

paseaba con sus dos acompañantes, por la cubierta, contemplaba con alguna persistencia las bellezas del mar, y se quedaba a veces pensativo y triste dándole a Fr. Antonio la impresión de que tenía llegar al Perú, al mismo tiempo que lo deseaba. De cuando, en cuando este famoso Fr. Antonio reclamaba alguna ligera reprensión con sus salidas de hombre noble y patriota a la buena de Dios. Así por ejemplo: al embarcarse en el «Orazio», algunos amigos de Génova vinieron a despedir al barco al Padre Eustasio. El, que se sentía ya abandonado por el mundo y olvidado, se llenó de emoción y comentó:

—Mira, Fr. Antonio, cuánta gratitud hay todavía en el mundo.

—¿Gratitud?, replicó el hermano. Esos vienen al barco a comprar «toscani», que son mucho más baratos que en tierra. La gratitud es una enfermedad de los españoles, pero por acá, ¡hum!

El P. Eustasio amonestó al hermano.

En el «Orazio» se habían embarcado unas señoras colombianas que habían presenciado los días rojos del Alzamiento Nacional en Valencia y narraban a los pasajeros las tragedias que presenciaron, especialmente las de los frailes y monjas. Narraban que habían sido llevados al tribunal popular varios religiosos sacerdotes en compañía de tres hermanos de obediencia. Los jueces preguntaron qué se hacía con los sacerdotes y todos contestaron a coro que había que colgarlos. Al preguntar luego que se hacía con los hermanos legos, una voz del público contestó que se los debía llevar a sus casas con escolta, música y todo género de honores. Fr. Antonio se entusiasmó y dijo:

—Después de todo, todavía hay quien entiende algo de justicia.

El P. Eustasio hubo de volver a amonestar a Fray Antonio.

En el mismo barco iba también un religioso separa-

tista vasco, que cierto día se permitió hacer la apología de los dirigentes rojos, acusando a los nacionalistas de todo género de crímenes. El P. Eustasio se permitió llamarle nuevamente la atención. Pero Fr. Antonio, descontento de aquella suavidad, la emprendió con el separatista con tanta energía, que el P. Eustasio se vió obligado a cogerle por un brazo y llevárselo a otra parte.

—¿No ves, le dijo con la misma suavidad, que no se puede discutir con éstos?

—Que vuelva a hablar como lo ha hecho hoy, y verá pronto si se puede o no se puede discutir. ¡Verá usted que pocas ganas le quedan de insultar a la madre Patria!

Otra vez tuvo el P. Eustasio que amonestar al buen Fr. Antonio.

Aquel día el Capellán del barco, al terminar de rezar el Santo Rosario, dijo en alta voz:

—A petición de un patriota español, vamos a rezar un Padrenuestro por el triunfo del General Franco.

—Ese patriota español eres tú sin duda alguna. —Observó luego el P. Eustasio a Fr. Antonio. —Pero date cuenta que hay aquí muchos extranjeros y quizá no les gusta tu modo de proceder.

—Naturalmente que soy yo. Si no me dejan luchar con el fusil, tengo que luchar como pueda.

Esta vez el P. Eustasio se contentó con sonreír.

Pero otro día la cosa fue más grave. Venía en el vapor una venezolana, que traía consigo dos perritos muy monos, pagándoles el viaje en segunda clase, mientras traía a su marido en tercera. Los viajeros lo comentaban y terminaron por exigir a la señora que sacase los perritos del camarote durante la noche y los dejase en cubierta, porque molestaban a los pasajeros. Ella lo hizo así atándolos con una cadenita en la cubierta. Pero a la noche siguiente los perritos desaparecieron. Se hicieron indagaciones y nada se pudo averiguar. Pero a Fr. Antonio le remordía la conciencia y terminó por confesar.

—Padre Eustasio. Yo he tirado al mar los perritos de la venezolana.

Se enfadó el P. Eustasio extraordinariamente y comenzó a predicarle un gran sermón. Fr. Antonio escuchaba con la cabeza baja y se sentía compungido. De repente exclamó:

—¿Qué puedo hacer ahora? ¿Me voy a tirar al mar a buscar a los perritos?

—No digo yo eso.

—Ah, bueno. Total, que la cosa no tiene ya remedio. Yo he hecho una calaverada, ya lo sé. ¿Pero y ella?

Cuando se anunció que no se tardaría en divisar la tierra de Venezuela, el P. Eustasio no se acostó. Apareció la tierra americana y el anciano lloraba de emoción. Eran las dos de la mañana y una hermosa luna iluminaba aquellas montañas en perpetua primavera. En pleno febrero, habían salido de Génova bajo los copos de la nieve, tiritando de frío y ahora aquella sensación del paraíso terrenal le ponía extático al pobre viejo, que no se cansaba de admirar las maravillas de Dios.

—Mira, Fr. Antonio, mira qué maravillas hace Dios.

—Sí, Padre... Otra de las maravillas que hace Dios es el sueño que me está cerrando los ojos. ¿Quiere que le ayude a bajar al camarote?

El P. Eustasio hubo de resignarse a complacer a Fr. Antonio.

Fr. Antonio estima que el recibimiento que les hicieron en el Perú fue más bien frío. Aquellos buenos Padres no acertaban a comprender el «capricho» del P. Exgeneral.

Desde el primer momento comenzó a edificar a la comunidad de Lima con su conducta ejemplar.

Se lanzó a la vida de trabajo con el mismo ímpetu de siempre, con afán juvenil nunca desmentido. Algunos sin embargo alegaban que «el P. Eustasio trabajaba sólo para sus cosas» o bien «sólo para las Hijas del Smo. Salvador». Es decir, no tenía clases en el Colegio que es lo que

ellos llamaban «trabajar». Y no tenían en cuenta la edad del gran hombre ni sus méritos. No tenían en cuenta que en Roma se había promovido una protesta de muchos religiosos que, al verlo partir de soldado raso, querían que se solicitara para el anciano uno de esos títulos que con tanta frecuencia otorga la Santa Sede a hombres de su categoría para garantizar un merecido descanso a los veteranos luchadores y ponerlos al abrigo de la juventud ligera.

Nadie negará que se dedicó con especial ahinco a arreglar todo lo que pudo dentro de aquella fundación que llevaba en el alma y que durante tantos años de ausencia había padecido tanto y se había ido organizando a la buena de Dios con inspiraciones improvisadas y poco satisfactorias. Aquella Congregación naciente, abandonada a sí misma y al mismo tiempo influida por diversos sujetos, había quedado en un estado deplorable. Hacía ya años que el P. Vélez se había negado a ser confesor de la Comunidad, «si no se retiraban todos los que se querían meter a dar normas de gobierno en aquella casa». Y las cosas habían continuado rodando. Ciertamente, pues, que el P. Eustasio tenía allí mucho que hacer y que se entregó a la faena con entusiasmo y caridad.

Pero es cierto también que esa caridad, por ser auténtica, no se limitaba a pequeñas parcelas de la viña del Señor, sino que se extendía en su radio de acción a todos los necesitados. Su corazón no era menor que su talento y siempre estaba al lado del orden y de la justicia. Para lo cual tenía que luchar con frecuencia con el mundo entero cosa que no le daba miedo. Y puesto que el Sr. Arzobispo de Lima le había nombrado Visitador de los Conventos de monjas de clausura, cumplía su oficio por encima de todo.

¿Qué era lo que le movía en esa lucha interminable? «A mi entender, nos dice su confesor, luchó tan solo por hacer un servicio a las casas religiosas, que estaban en

ese tiempo en un estado lamentabilísimo, y sobre todo los Monasterios de monjas de clausura; el Sr. Arzobispo de Lima había dispuesto de los bienes de esos monasterios con fines muy santos, pero lo cierto es que sobrevino la completa ruina económica. Y aunque Roma intervino, el mal estaba hecho y era preciso remediarlo en lo posible. Y como en Palacio daban largas al asunto, hubo de anunciar que estaba dispuesto a recurrir a Roma. La situación cambió de pronto. El Sr. Arzobispo debió de escribir al P. General, pidiéndole que llamase a Roma al P. Eustasio para de ese modo librarse del acoso sin llamar la atención. En ese sentido llegaron algunas cartas al P. General. Pero éste puso las cosas en su punto, recordando que el P. Eustasio actuaba en cumplimiento de un oficio dado en Palacio y escribió al mismo P. Eustasio una carta respetuosísima, poniéndole al corriente de todo. El no tuvo una queja para nadie, mas pensando que el Sr. Arzobispo podía querellarse por falta de respeto, le escribió una breve y preciosa carta pidiéndole perdón. La solución dada por el P. Eustasio estaba ya en camino: el problema había de resolverse recurriendo a la intercesión del Excmo. Sr. Presidente de la República. Pero entonces los mismos que le habían llamado le retiraron, quitándole de ese modo la satisfacción del éxito, como si él fuese accesible a esas niflerías. Este aspecto, con ser duro y ocasionarle tanta molestia, no era más que una parte de su trabajo. Con la mayor dulzura, pero también con una energía inexorable fue implantando a rajatabla el nuevo Derecho Canónico en los viejos conventos de clausura y en otras Congregaciones diocesanas. Todos los conventos hubieron de ajustarse totalmente al Código, y la Empresa era tal que bien pudo decirse: «no sé que nadie en el mundo hubiera trabajado tanto en medio de tantas dificultades».

Por un caso podremos juzgar de los demás. La situación del convento de las Nazarenas, Carmelitas descalzas,

era deplorable. A falta de monjas de coro habían sido admitidas seglares para el servicio, y esto originaba un desorden que la Autoridad eclesiástica quería suprimir, sustituyéndolas con hermanas de obediencia. Pero estas eran muy pocas y muy ancianas. El P. Eustasio recurrió a las Carmelitas de Palencia (España) solicitando que le enviasen algunas religiosas para reformar aquella Comunidad. Las Carmelitas de Palencia estaban ya dispuestas a atender la propuesta que se les hacía, enviando tres religiosas, cuando se presentó de improviso la gripe en su convento. En menos de un mes fallecieron tres madres y una hermana. No hubo más remedio que renunciar a la misión del Perú, y dejar al P. Eustasio pensar en alguna otra solución. De ese modo tuvo que visitar los conventos de la Concepción (franciscanas), La Encarnación (Canónigas Agustinas), el Carmen alto y las cuatro casas de las Hijas del Smo. Salvador.

Creyó que se le abrían los Cielos cuando pudo proceder a la unión de las Agustinas del Prado con las «Hijas del Smo. Salvador». Tal unión se realizó en marzo de 1940. El año anterior el monasterio del Prado había tenido que afrontar una penosa crisis por la falta de vocaciones. No quedaban ya sino 10 religiosas profesas y cuatro novicias, cuando el P. Eustasio les propuso su incorporación a las Terciarias. Ambas comunidades habían de presentar una solicitud al Santo Padre recomendada por el Prelado y por el Excmo. Sr. Nuncio Apostólico. El Santo Padre, con fecha de 24 de marzo accedió benignamente, levantando la clausura papal del monasterio del Prado. La ceremonia de la incorporación de la comunidad antigua a la joven se realizó el 24 de abril de ese año 1940. Con íntima satisfacción pudo el P. Eustasio ver con sus propios ojos el sueño de su vida, antes de dormir plácidamente en el Señor. Pero esa íntima satisfacción le costó al Padre hartó cara y cualquiera otro hubiese retrocedido ante el cúmulo de dificultades

que se presentaron. Un testigo de vista nos narra: «algunas religiosas le hicieron pasar el purgatorio. Nos reunió en Capítulo y nos expuso la mísera situación del convento, y cómo el Gobierno pretendía poner allí un cuartel de caballería, que él no tenía otras miras que la unión y el bien de todas. Una de las religiosas que no tenía más luces que las del día, se enfureció y tiró del tapete de la mesa en la que teníamos colocados los libros de la casa, diciendo:

—Usted está mal informado. Hemos terminado.

Le dejó con la palabra en la boca. Se puso colorado, y como vio que todas levantábamos la sesión, se fue al Sagrario. Yo lo veía derramar abundantes lágrimas. Y eso que él ignoraba muchas cosas que le hubieran puesto todavía más triste. Únicamente le oí lamentarse suavemente, cuando un poco más tarde le recordé yo el lance, diciendo:

—¡Hija, qué difícil es tratar con mujeres!

Supo que algunos Padres recoletos jóvenes habían dicho a las religiosas que el P. Eustasio estaba chocho. «Gracias a Dios, comentó, tengo todavía los cinco sentidos, y a mis años no todos pueden decir otro tanto. Esos jovencitos no están seguros de que a mi edad tendrán tan excelente salud mental. ¡Dios los perdone!»

«En América, dice también Sor Luisa, se usaban mucho los anónimos y a él le enviaron algunos llenos de insolencias. En cierta ocasión, a propósito de uno que citaba casos concretos, me hubo de consultar algunas cosas y se expansionó más que otras veces. Me confesó que toda la contestación que daba a los anónimos era una jaculatoria que le habían enseñado en el noviciado de Valladolid: «¡Jesús mío, por tu amor!» Me confesó también que su vida había estado más llena de espinas que de flores y que le había tocado sufrir mucho, pero que estaba muy satisfecho ya que veía a su Orden progresar y extenderse en la observancia y que en definitiva se con-

solaba pensando, como los labradores de su tierra: «a mal tiempo, buena cara». Confesó también que siempre vivía en la presencia de Dios, que las cosas del mundo pasaban veloces y que lo único que vale la pena es la buena obra hecha con espíritu de fe para agradar a Dios. Al decir aquello tenía la sonrisa en los labios y a su edad parecía un ángel».

«Frecuentemente oí murmurar que el P. Eustasio estaba demasiado apegado a las Hijas del Smo. Salvador, pero los que así hablan no saben lo que dicen. Es verdad que iba mucho por su casa, pero hay que saber lo que había en aquella casa: había de todo, menos atractivos mundanos. ¿Quién podría apegarse a aquello, si no hubiese tenido el espíritu de Dios?» (Sor Luisa).

Su confesor nos habla también de lo que hubo de sufrir con sus mismas hijas. Hubo una sobre todo que le hizo sufrir mucho. Era lista y supo buscarse excelentes padrinos para sus propósitos. El Rvmo. por el gran amor que tenía a la Orden, hubo de contentarse con ver el desarrollo de los acontecimientos, procurando, eso sí, suavizar todo lo posible las asperezas. Yo diré, en una sola palabra, que todos los elementos se dieron cita para humillar al venerable anciano en sus últimos días de la tierra».

Sor Luisa, que le conoció tan solo durante estos últimos años, se queda espantada al recordar los sufrimientos del gran anciano: «Ante todo le diré que Dios lanzó sobre él la cruz del desprecio y de la persecución, y no obstante supo mantener siempre la caridad por encima de todos los azares. A pesar de que sus hijas eran pobrísimas, pues a veces no tenían para comer, ordenó que en recuerdo de los 33 años que Jesús pasó en la tierra, recibiesen 33 niñas pobres gratuitas. La providencia nos asistió siempre, aunque llegamos a tener 300 y más niñas. Y yo le oí decir: «me he puesto a mendigar para mis pobres niñas indigentes, porque tenemos que

salvar sus almas a costa de muchos sacrificios. «Lo que no toleraba era la murmuración o la difamación del prójimo. Una vez, cansado de una religiosa que continuamente volvía a él con difamaciones, señaló el Cristo que la religiosa llevaba al pecho, diciendo: «no es digna usted de llevar esa cruz al pecho; si tan mal le tratan, aprenda a perdonar como perdonó Jesús a sus enemigos». En el barrio de la Victoria, algo distante de Lima, nos quedamos sin capellán. Y él, a pesar de los achaques que le agobiaban, se levantaba a las 5 y venía a celebrar la santa Misa, nos predicaba el Evangelio y nos traía el dinero que había podido recoger durante la semana. Su esperanza le mantenía. Muchas veces le oímos repetir las mismas consideraciones; hablándonos de las prendas de la gloria venidera y animándonos con el premio: «¡Qué breve penar para un eterno gozar!»— nos repetía. «Cuando les agobien los trabajos y las penas, miren al cielo en el que nos espera nuestra Madre, la Sma. Virgen». El era el paño de lágrimas de todos. A todos animaba, a todos empujaba por el camino de la perfección, por el sendero de la vida religiosa, a todos consolaba en ese camino erizado de espinas. América tuvo muchas espinas para él».

También por parte de sus mismos hermanos le tocó sufrir. Parecía que algunos no le miraban bien, quizá por sus intervenciones anteriores en los asuntos del Perú, quizá por sus disposiciones durante los años de gobierno, quizá por los achaques de su ancianidad. Es menester darse cuenta de lo que es un Colegio para comprender que, por muy buena voluntad que se pusiera, no se le podía asistir convenientemente: los Padres eran pocos para el trabajo, y cada uno estaba entregado a sus ocupaciones personales. A veces, incluso los más sensatos y prudentes, se dejan alucinar un poco y en último término la Providencia se vale casi siempre de esos medios para purificar a sus escogidos. Al principio asistió a los actos de comunidad con una regularidad absoluta; pero luego una

tos persistente, que a su juicio incomodaba a los demás, le impidió asistir al comedor y hubo de ir a comer con los criados en un cuarto aparte; pero éstos se cuidaban tan poco de su persona, que en cierta ocasión le dejaron cerrado allí hasta que Dios quiso, y no por mala voluntad. El P. Lamberto Gielen, holandés, que por orden del P. General fue a vivir durante algún tiempo a Lima, no dejó de manifestar su extrañeza por la situación del ilustre anciano, que nada reclamaba. Finalmente la biografía de Rafaela Veintemilla, escrita por él, fue juzgada por algunos hermanos con excesivo rigor: la oposición que halló para publicarla fue tan grande, que solo pudo lograrlo con la ayuda económica del P. David Rubio, que le escribía desde Washington. Los caminos de la Providencia son a veces inexcrutables.

Como si todo esto no bastara, el Señor permitió que aquel hombre bueno a carta cabal fuera probado con las acometidas del demonio, según sabemos por un testimonio de la mayor autoridad: «Dios permitió que fuese probado por el monstruo infernal con tentaciones muy propias de ese monstruo, por ejemplo de blasfemia e impureza, dándole a veces casi la sensación física de la violencia. El venerable anciano, todo humillado y confundido, clamaba al Señor para que tuviese piedad. Tales tentaciones le ponían en grave aprieto para celebrar cada día el Sto. Sacrificio. Pero una vez que recibía consejo, se quedaba tranquilo; pues nunca fue escrupuloso. Como no quería ser juez en causa propia, se manifestaba entero con la mayor claridad y con la mayor humildad. Dios nuestro Señor le probaba externa e internamente, dándonos a entender que El es la santidad infinita y que los que hemos de compartir con El la gloria hemos de participar también, y a veces abundantemente, en su Pasión de viernes santo... y que El así trata a los que mucho quiere» (P. Domingo Berasátegui, confesor ordinario del P. Eustasio durante este tiempo).

A Sor Luisa, que fue la última en representar a su madre en la tierra, debemos una pequeña relación de sus virtudes. De esa relación vamos a entresacar algunos datos para que se entienda que las tribulaciones no influían lo más mínimo en su espíritu en el sentido peyorativo, sino que contribuían a avivar más y más el fuego anterior de su amor y de su confianza en el Señor:

«Si hubiese sido mártir de sangre, no hubiese tenido que sufrir la mitad de lo que sufrió. Si tanto le gustaba el Perú, seguramente era por lo que tuvo que sufrir en él, por su fidelidad a la tierra de sus sudores. Gran gloria le habrán merecido sus sufrimientos. Como ya era anciano, a veces le contradecían en mi presencia los que más obligados estaban a acatar sus opiniones; yo me indignaba al ver que se ponía colorado, pero que no chistaba. ¿Mas, para qué hablar de lo que le hacían sufrir, si él mismo se procuraba los sufrimientos con sus mortificaciones? Siempre se sentaba en posturas molestas. Era muy parco y no bebía ni fumaba; yo supe que ciertas comidas le hacían daño, pero nunca logré que protestara o lo advirtiera. Logramos quitarle el cilicio y la disciplina, que ya solo servían para la basura, y le fuimos engañando prometiéndole otros mejores. En materia de modestia era hasta exagerado: por la calle iba con la vista en el suelo y no miraba a nadie ni a nada; era inútil preguntarle. Me fijé en que, cuando hablaba con mujeres, procuraba ponerse de lado para no mirarlas a la cara. Ni aún a las niñas del Colegio daba a besar la mano, aunque las trataba con el mayor cariño y se desvivía por ellas. Durante una temporada me preocupé yo de su ropa. Le envié a casa unas zapatillas, por que ví que tenía los pies hinchados. En cuanto me vio, me riñó diciendo que si hubiese guardado mejor la modestia, no me hubiese fijado en sus pies. Le repliqué que precisamente había visto sus pies por llevar los ojos tan bajos, y se echó a reír. Si le ponía alguna prenda nueva, porque la vieja estaba ya deteriorada, nadie me podía li-

brar de la reprimenda; mi disculpa de siempre era que había tenido necesidad de dar la prenda vieja a un pobre, y esto le desarmaba. Tanta gracia le hacía esa disculpa que, en cierta ocasión en que me lamenté de que fuera a Palacio con prendas tan viejas, me contestó: bueno, si alguno se compadece de mí, tendremos más ropa para los pobres. Nunca llevaba dinero. En cierta ocasión llevaba lo justo para el tranvía; al pagar, una de las monedas resultó falsa y se quedó avergonzado; un aviador inglés le dio cinco dólares de limosna, compadecido. Pero él muy contento guardó los dólares para dotar a una pobre que quería entrar en la Congregación como hermana de obediencia. Cuando decía misa, parecía un serafín. La decía con pausa y con un rostro alegre como unas pascuas. Eso mismo decían todos los que le ayudaban a misa. Me contaron que en cierta ocasión se había iluminado el altar, y es muy creíble. Parecía como si hablase con algún ser invisible. Sus devociones personales las dejó bien inculcadas en la Congregación.